



INFLUENCIA

Platón ha sido uno de los filósofos más influyentes en la cultura occidental, no tanto por el peso que tuvo en la cultura grecolatina a la que perteneció, sino sobre todo porque su obra fue uno de los elementos clave en la formación de la teología cristiana y de la ciencia moderna. Aunque algunos de los elementos de su doctrina, como la metafísica idealista, prácticamente han desaparecido de la filosofía actual, otros aspectos, como la matematización del conocimiento o el utopismo político, tienen plena vigencia en el mundo moderno.

La **Academia** que fundó Platón permaneció abierta nueve siglos, hasta que fue cerrada en el 529 d.c., como el resto de escuelas filosóficas de Atenas, por el emperador bizantino Justiniano, que prohibió la enseñanza de cualquier doctrina que no fuera la cristiana. A pesar de esta larguísima pervivencia, la influencia del pensamiento de Platón no fue tan grande como se pudiera esperar. En primer lugar, la Academia abandonó muy pronto algunas de las teorías que hoy consideramos más típicas del pensamiento platónico. Durante el periodo de la Academia Antigua (347-265 a.c.) los académicos defendieron una versión matematizada de la teoría de las Ideas, pero eliminaron aspectos tan centrales en la doctrina platónica como la importancia de la Idea de Bien y la identificación del conocimiento con lo inteligible (la Academia antigua admitió también como conocimiento la percepción). Las Academias Media y Nueva (265 a.c.-529 d.c.) se alejaron mucho más de la doctrina platónica negando la posibilidad del conocimiento y adoptando posturas radicalmente escépticas, cuando Platón precisamente se había presentado a sí mismo como el defensor del conocimiento objetivo y científico frente al relativismo y escepticismo sofista. Por otra parte, hay que tener en cuenta también la influencia platónica sobre el **Liceo**, la escuela que fundó Aristóteles, quien compartía con su maestro Platón la defensa de doctrinas como el objetivismo racionalista, la definición del conocimiento científico como conocimiento de formas universales (en su caso inmanentes) o la metafísica teleológica. El Liceo se mantuvo abierto hasta el cierre ordenado por Justiniano, igual que la Academia, y como le sucedió a esta, abandonó pronto doctrinas que hoy consideramos centrales en su fundador (tal como la teoría de las formas y la del Motor Inmóvil) centrándose más bien en el conocimiento científico (física, biología, geografía, etc). En cualquier caso, las tendencias filosóficas mayoritarias y más influyentes en la cultura griega posterior al imperio de Alejandro Magno, y en la cultura romana que fue heredera que dicha cultura helenística, no fueron ni el platonismo ni el aristotelismo, sino dos corrientes creadas a finales del siglo IV a.c.: el estoicismo y el epicureísmo.

La influencia platónica resurgió a finales del periodo romano en el **Neoplatonismo** fundado por **Plotino** en el siglo III d.c. Aunque se pretende un simple recuperador de la doctrina platónica, lo que realmente hizo Plotino fue crear una nueva doctrina que tomaba algunos elementos del platonismo (fundamentalmente su idealismo) y los mezclaba con doctrinas orientales, sobre todo del mazdeísmo, la religión persa según la cual el mundo estaba regido por dos principios, el principio del Bien y el principio del Mal, que Plotino identificó respectivamente con lo inteligible y con la materia. Plotino generó así una doctrina semireligiosa centrada en la purificación y salvación del alma, que se entendía como paulatina separación de esta respecto a la materia (siguiendo la doctrina platónica del Eros), pero que no se ocupaba lo más mínimo del conocimiento científico ni de la cuestión política, que fueron centrales en el pensamiento platónico.

Pero quienes aseguraron la futura influencia de Platón fueron las religiones cristiana e islámica, hasta el punto de que podemos decir que Platón tiene mayor peso en las culturas generadas por cada una de esas religiones del que tuvo en su propia cultura, convirtiéndose (junto con Aristóteles) en el filósofo griego por excelencia, relegando al olvido a otras corrientes que sin embargo tuvieron más éxito en la época grecorromana. La influencia de Platón en el cristianismo se produjo a través de la teología de **S. Agustín de Hipona** (354-430 d.c.) que sentó las bases de la teología cristiana, bases que sigue manteniendo tanto la Iglesia Católica como las otras confesiones cristianas occidentales (esto es, las diversas iglesias protestantes). Para estructurar racionalmente el dogma cristiano y dotarlo de una presentación filosófica, acorde a la cultura de la época, S. Agustín se basó en las doctrinas platónicas (en su interpretación neoplatónica, y no en la versión original que aparece en los textos del propio Platón). S. Agustín situó el mundo de las ideas de Platón en la mente del Dios cristiano, e identificó este tanto con la Idea de Bien como con el Demiurgo, conceptos estos que estaban netamente separados en Platón. Doctrinas típicamente cristianas como su concepción de la relación entre alma y cuerpo, el rechazo de lo material y sensible (si bien no tan radical como en el platonismo original o en el neoplatonismo) o la doctrina de la iluminación del alma por parte de Dios (muy libremente derivada de la analogía del Sol) provienen del platonismo.

Tras el cierre de las escuelas filosóficas en Atenas en el siglo VI d.c., los profesores de dichas escuelas marcharon con sus bibliotecas a Persia, llevándose obras de las que no existía ninguna copia en Occidente (entre ellas parte de Platón y casi todo Aristóteles). Cuando Persia fue conquistada por el Islam en el siglo VII esas obras fueron traducidas al árabe y pasaron a formar parte de la cultura islámica. Esto acabó originando una corriente filosófica propia, que pretendía dar fundamento filosófico y racional a las doctrinas islámicas (frente a las doctrinas teológicas basadas exclusivamente en el texto coránico), exactamente igual que había hecho S. Agustín con el cristianismo anteriormente. **Alfarabí** (muerto 950) inició este renacimiento de la filosofía en la cultura islámica basándose en doctrinas netamente platónicas. Aunque la filosofía islámica siguió mayoritariamente el modelo aristotélico, más que el platónico, el pensamiento de este autor siguió muy presente en la cultura islámica, sobre todo en su aspecto político: un autor tan plenamente aristotélico como el cordobés Averroes tomó como modelo de Estado la República de Platón.

En el siglo XI se produjo en Europa Occidental un movimiento de recuperación de la Filosofía (unido al crecimiento de los núcleos urbanos y a la creación de las universidades) conocido como Escolástica. En sus inicios el pensamiento predominante era agustiniano, y en consecuencia platónico, pero a partir del siglo XIII, por influencia de la filosofía árabe (y en particular de Averroes) se produjo una recuperación del pensamiento aristotélico que pasaría a ser el modelo mayoritario en muchas disciplinas, y el modelo casi exclusivo en Física. Ello explica que, paradójicamente, la revolución científica que se produjo en los siglos XV y XVI se basara en el pensamiento platónico y no en el mucho más empirista pensamiento aristotélico. La revitalización del pensamiento platónico estuvo a cargo de la **Academia Platónica** fundada por los Medici en Florencia a mediados del siglo XV, con **Marsilio Ficino** a su cabeza. Un siglo después se publicaba la obra de Copérnico que defendía la teoría de un universo heliocéntrico que era totalmente incompatible con el modelo físico aristotélico que se enseñaba en las universidades y que era proclamado casi como dogma de fe por la Iglesia Católica. En Italia, donde el platonismo estaba muy difundido, este se presentaba como el único pensamiento filosófico racional que podía enfrentarse al modelo aristotélico, y por tanto como el único que podía dar una base epistemológica a la nueva ciencia. **Galileo Galilei**, una de las figuras clave en el desarrollo de la nueva Física, era filosóficamente platónico, y de Platón tomó una de las características fundamentales de la ciencia moderna, tanto en su época como actualmente: la matematización de la ciencia. En efecto, aunque Aristóteles se había ocupado de materias científicas muchísimo más que Platón, rechazaba la matemática (clave en la metafísica platónica) como instrumento básico de la ciencia, sustituyéndola por la lógica. La Física de Aristóteles era una ciencia cualitativa, que no empleaba cantidades ni formulas matemáticas. Galileo empezó a concebir la Física como relación entre magnitudes cuantificables que podían relacionarse por medio de ecuaciones (lo que permitía, además, una predicción exacta y en consecuencia la comprobación empírica de hipótesis). Según Galileo, la estructura del universo era matemática, y las matemáticas constituían el lenguaje con el que dicha estructura podía desvelarse (en sus palabras, el lenguaje que ha utilizado Dios para escribir el libro de la naturaleza). De este modo, la nueva ciencia, mucho más empírica que la antigua, se creó sobre la base, al menos en parte, de la concepción matematizante (y muy poco empírica) de Platón.

Por otra parte, el pensamiento utópico del Renacimiento tiene su modelo inmediato en *“La República”* de Platón. La ruptura de la sociedad medieval y la necesidad de encontrar nuevas formas de gobierno acordes con los tiempos fomentó la aparición de utopías políticas que intentaban definir un Estado perfecto y completamente justo. *“Utopía”* (1516) de **Thomas More**, y *“La Ciudad del Sol”* (1602) de **Tomasso Campanella** son los dos mayores ejemplos. Ambas proponen la racionalización de la política, el gobierno de los filósofos-sacerdotes y la eliminación de la propiedad privada, tal como hiciera platón en su momento.

Tras el Renacimiento, la influencia del pensamiento platónico fue disminuyendo paulatinamente. Del terreno de la ciencia desapareció casi por completo ya que aunque esta mantenía la matematización, rechazó todas las especulaciones metafísicas, las explicaciones teleológicas de cualquier tipo que fueron sustituidas por explicaciones exclusivamente eficientes, y la vinculación entre el conocimiento científico y los valores éticos, todas ellas características del pensamiento platónico. Entre tanto, la filosofía se movía poco a poco hacia posiciones antimetafísicas y empiristas. En el racionalismo de los siglos XVII y XVIII podemos encontrar restos de influencia platónica (en **Descartes**, el innatismo de las ideas y la separación

radical de mente y cuerpo; en **Spinoza** el conocimiento entendido como sistema axiomático; en **Leibniz** la armonía preestablecida como metafísica teleológica), pero en el empirismo desaparece por completo. Será sin embargo en Inglaterra, cuna del empirismo, donde se conserve la corriente más abiertamente platónica de la filosofía moderna, la **Escuela platónica de Cambridge** del siglo XVII, que constituye una reacción idealista frente al materialismo de autores como Thomas Hobbes.

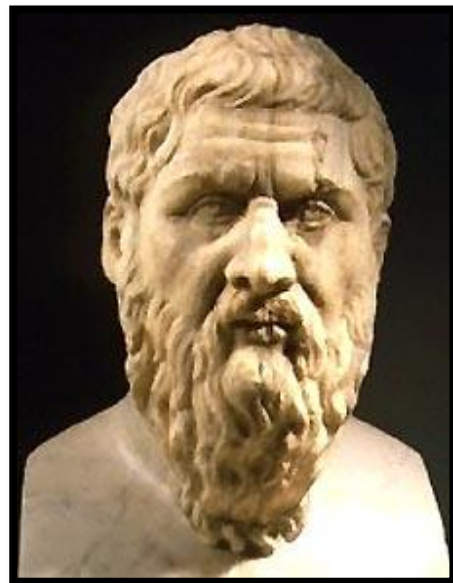
En la época contemporánea seguirán existiendo corrientes idealistas. Sin embargo, dichas corrientes, que tienen como modelo el Idealismo Absoluto de **Hegel**, difieren bastante del modelo platónico, ya que se basan en una concepción dinámica de la realidad, en lugar de en la tradicional concepción permanentista platónica. De todos modos, el idealismo, y en general la metafísica, irán teniendo un papel cada vez menor en la filosofía, sobre todo en el siglo XX, hasta su casi desaparición. En el campo de la epistemología, la esperanza platónica de encontrar un fundamento absoluto para el conocimiento en principios incuestionables ha sido descartada por casi todas las corrientes, moviéndose la teoría del conocimiento del siglo XX cada vez más hacia el relativismo. La única corriente que mantuvo de alguna forma la búsqueda platónica de unas esencias fijas e ideales en el conocimiento fue la **Fenomenología de Husserl**, y ello solo en la última versión de este autor, que fue rechazada por la casi totalidad de miembros de la escuela a causa de su vuelta a planteamientos metafísicos.

Sin embargo, la influencia de los planteamientos platónicos sigue estando presente en algunos aspectos. Puede encontrarse en el campo de la filosofía de la matemática y la lógica, en los diferentes innatismos contemporáneos (aunque son muy diferentes del innatismo platónico), en el campo de la política (tanto respecto a planteamientos utópicos totalitarios como a corrientes tan pragmáticas como la tecnocracia o la meritocracia), así como en todas las corrientes espiritualistas, religiosas y/o filosóficas, desde el cristianismo a los movimientos New Age.

ACTUALIZACIÓN

El método científico experimental

A pesar de la influencia que tuvo el pensamiento platónico, y su concepción matematizadora de la realidad, en la formación de la ciencia moderna, la ciencia moderna se aparta radicalmente de la visión que Platón tuvo de la ciencia. En primer lugar, el método fundamental de la ciencia actual es el **método hipotético-deductivo y experimental**, creado por Galileo Galilei en el siglo XVII. Este método parte de la generación de hipótesis explicativas acerca de los fenómenos estudiados. De estas hipótesis se deducen predicciones concretas que pueden ser comprobadas por medio de experimentos, esto es, por la creación de situaciones artificiales en



las que se espera que se cumplan las predicciones derivadas de las hipótesis y que por tanto sirven para comprobar estas indirectamente. La generación de hipótesis y la deducción de predicciones son una elaboración meramente racional, pero el experimento, que es el que decide acerca de la validez de la hipótesis teórica, pertenece por completo al campo de la experiencia. La ciencia moderna, por tanto, no considera que la experiencia sea un elemento del que se puede prescindir ni al principio ni al final del método científico, y de hecho la experiencia constituye el tribunal único que determina la validez del conocimiento. En consecuencia, la pretensión platónica de eliminar del conocimiento los elementos sensibles está completamente fuera de lugar en la ciencia actual.

Pero la mayor diferencia entre la ciencia moderna y la ciencia defendida por Platón es que la ciencia actual se separa radicalmente de dos elementos que para Platón eran parte constitutiva del conocimiento e incluso su objetivo final: las **explicaciones metafísicas** y los **valores éticos**. La ciencia moderna se independizó de la Filosofía precisamente cuando decidió limitarse a producir leyes predictivas sin obligarse a aportar también explicaciones metafísicas de dichas leyes. Suele citarse como declaración de esta independencia el “hypotheses non fingo” de **Newton**: esta fue la respuesta de Newton (“no compongo hipótesis”) cuando se le pidió que, siguiendo las exigencias del modelo científico aristotélico (y platónico), aportara una explicación de las causas que producían la fuerza de la gravedad. Newton se negó a ello, y afirmó que en Física bastaba con poder reducir las regularidades de los fenómenos a una fórmula matemática capaz de realizar predicciones exactas. Es decir, Newton se negó a mezclar las explicaciones metafísicas no experimentales con los resultados de la Física experimental¹. Por otra parte, la ciencia moderna pretende únicamente describir y explicar la realidad tal como es, sin suponer en ningún momento que dichas explicaciones hayan de tener consecuencias en el terreno de la ética o la política. Por ello la ciencia moderna se obliga a sí misma a ser una ciencia “libre de valores”, esto es, independiente de las posturas ético-políticas de los científicos que la ejercen: cuando un científico investiga un asunto, debe dejar al margen sus creencias en estos terrenos y atender exclusivamente a los hechos de la realidad. Esta separación de ciencia y valores se hizo especialmente evidente cuando adquirieron estatuto científico disciplinas directamente relacionadas con la conducta humana como la Sociología o la Psicología. Uno de los creadores de la Sociología como ciencia, **Max Weber**, postuló a principios del siglo XX que el método propio de las ciencias sociales era la “comprensión”, ya que los hechos sociales no eran simples hechos empíricos, sino que contenían valores (los valores de los individuos que intervienen en dichos hechos), pero al tiempo defendió que para ser tales ciencias, debían estar “libres de valoraciones”: es decir, que las ciencias sociales estudian objetivamente los valores, pero no realizan a su vez valoraciones sobre aquello que estudian, igual que hacen el resto de las ciencias. Sin embargo, no todas las corrientes sociológicas comparten esta postura: en general, todas las corrientes de orientación **marxista** consideran (como hacía Marx) que el objetivo final de la sociología debe ser la transformación de la sociedad para conseguir el fin de la explotación de unos hombres

¹ . Paradójicamente, Newton estaba bastante obsesionado con las consecuencias metafísicas y teológicas de su teoría física, y a ellas dedicó buena parte de sus últimas obras. Sin embargo, el programa que se refleja en la frase de Newton determinó la evolución de la ciencia y su rechazo de todo elemento metafísico, aunque el mismo Newton no fuese capaz de llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

por otros (lo cual implica, desde luego, una valoración política), opinión compartida por los defensores de la llamada **“sociología comprometida”**, surgida en los años 70. Por otra parte, hay autores que defienden que la pretensión de la ciencia de estar libre de valores es simplemente una ilusión, y afirman que de uno u otro modo los valores de los científicos influyen en qué se investiga, cómo se investiga y qué resultados se obtienen, aunque se quiera ocultar la influencia de los valores y las creencias en los informes científicos y en los manuales de historia de la ciencia. De esta opinión son, por ejemplo, **Th. Khun**, cuya teoría de los paradigmas científicos afirma que dichos paradigmas contienen supuestos metafísicos y valores ético-políticos, o el denominado **“Programa fuerte” de la Escuela de Sociología de Edimburgo**, que considera que el conocimiento científico es ante todo un fenómeno social, y que por tanto está sometido a determinantes valorativos, políticos y económicos como cualquier otro hecho social.

El método axiomático y las ideas matemáticas

Las ciencias formales, esto es, la lógica y las matemáticas, siguen utilizando el método axiomático que iniciara Euclides y que como vimos está inspirado en la pretensión platónica de deducir todo el conocimiento de unas pocas proposiciones (los axiomas) que se consideran irreductibles (no pueden ser demostradas a partir de otras más generales) y evidentes (por lo cual se supone que no es necesario demostrarlas). Ya vimos que los primeros principios que pretendía encontrar Platón eran muy distintos de los de Euclides, ya que el principio platónico es un concepto ético, el Bien, y no sólo matemático (aunque el Bien se identifique con el Uno), y que en consecuencia es probable que Platón hubiese considerado la obra de Euclides como una ciencia basada en supuestos (es decir, parte de la *dianoia*), y no como la forma suprema de conocimiento, la *noesis*. De todos modos, el método axiomático sigue teniendo una clara inspiración platónica, como la tienen los intentos llevados a cabo entre los siglos XIX y XX de reducir la lógica y las matemáticas a un único sistema axiomático aplicable al resto de las ciencias. Estos intentos, aunque carecen de las implicaciones metafísicas y ético-políticas que Platón encontraba en su sistema deductivo, guardan un gran parecido con la manera platónica de concebir el conocimiento como un sistema meramente racional en el que los enunciados científicos se deducen de enunciados más generales.

Ahora bien, ¿qué relación tienen estos sistemas axiomáticos con la realidad? Platón creía que existía un solo sistema deductivo y que este representaba la verdadera realidad. Actualmente, aunque se sigue utilizando el método axiomático, ya no se supone que este nos proporcione la estructura de la realidad como es en sí misma, sino a lo sumo uno entre varios sistemas coherentes para estructurar nuestra experiencia. El cambio se produjo con la aparición de las **geometrías no euclidianas**. Antes de que surgieran estas sólo existía una geometría, la que se basaba en el sistema axiomático creado por Euclides, y que en consecuencia se consideraba como conocimiento verdadero acerca de un aspecto de la realidad, el espacio. Uno de los axiomas de Euclides era “en un plano, por un punto exterior a una recta, solo se puede trazar una recta paralela a esa recta”. A principios del siglo XIX, **Lobatchensky**, intentando demostrar por reducción al absurdo este postulado, encontró que podía no ser válido y que era posible construir una geometría coherente partiendo de un

postulado contrario, el de que por dicho punto pasan muchas paralelas a una recta dada. Unos años después, **Riemann** construyó otra geometría coherente basándose en el postulado de que por dicho punto no se puede trazar ninguna paralela a la recta dada. En 1920, **Einstein** se basó en la geometría de Riemann para plantear su Teoría de la Relatividad General, que fue aplicada con éxito a la experiencia, lo cual confirmaba la hipótesis lanzada por Gauss años antes, de que era posible que la geometría del espacio no fuese rectilínea, como pensaban los griegos, sino curva. En definitiva, la geometría euclidiana, basada en axiomas que parecían evidentes, no se correspondía con la realidad. Por supuesto, es posible retomar la creencia en que las matemáticas representan la realidad afirmando que es esta nueva geometría, y no la antigua, la que se corresponde con dicha realidad, pero el asunto queda bajo duda ya que si un sistema que parecía evidente resulta no serlo finalmente, puede esperarse que lo mismo ocurra con los demás. La evidencia de los axiomas ha dejado, pues, de ser una garantía. Los axiomas deben ser considerados meramente como enunciados que se toman como base para demostrar otros (lo que Platón denominó “supuestos”) pero no como principios evidentes, siendo por tanto posible construir diferentes sistemas coherentes y válidos partiendo de diferentes axiomas. Los axiomas, son, por tanto, convencionales.

La cuestión de la relación entre matemáticas y realidad aparece claramente en el debate acerca de cuál es el estatuto ontológico de los objetos de estudio de las matemáticas, los entes matemáticos. ¿Existen realmente tales entes? Hay tres posturas posibles: los entes matemáticos son plenamente reales y existen con independencia de la mente que los piensa (la postura platónica), los entes matemáticos son abstracciones realizadas por la mente, pero que tienen su base en la realidad (la postura aristotélica), o los entes matemáticos son simplemente invenciones de la mente, meramente convencionales y vacíos de contenido, sin relación con la realidad pero aplicables a esta precisamente por ser solo formas sin contenido (la postura nominalista). En el siglo XX estas tres posturas se expresaron, dentro de la teoría matemática, como tres programas de fundamentación de las matemáticas: el “**Programa Logicista**”, defendido por **Frege**, que pretendía reducir la matemática a lógica, y que entendía los entes matemáticos y lógicos como realmente existentes; el “**Programa Formalista**”, defendido por **Hilbert**, según el cual la matemática se fundamenta en sí misma y consiste en sistemas meramente formales que se justifican solo por el hecho de ser coherentes (y por tanto pueden existir varios igualmente válidos aunque contradictorios entre sí), y que adopta el punto de vista nominalista, al afirmar que es la coherencia, y no la correspondencia con la realidad, lo que fundamenta un sistema matemático. Finalmente, el “**Programa Intuicionista**”, defendido por **Heyting**, cree que es la lógica la que se basa en la matemática y considera que existe una entidad matemática cuando ha sido efectivamente construida (es decir, cuando ha sido obtenida por medio de una deducción), lo cual supone una postura conceptualista (existen realmente, pero solo cuando son producidas de manera efectiva por la mente). Los tres programas fracasaron en sus intentos de fundamentar la matemática, y por ello la cuestión permanece abierta. En la actualidad, esta es el único debate que guarda cierta relación con la cuestión platónica acerca de la existencia de ideas extramatemáticas.

La búsqueda de primeros principios y la unificación de la ciencia

Hay sin embargo aspectos de la filosofía platónica que guardan cierto parecido con las características de la ciencia moderna. Esta se define como conocimiento válido universalmente de lo general, no dependiente de los intereses o puntos de vista de los individuos particulares, tal como hacia Platón, y aspira igualmente al mayor grado de generalización posible. El ejemplo más característico de esta aspiración de generalidad es el problema de la **“unificación de la Física”**. Se denomina así a los intentos de reducir todas las fuerzas estudiadas en Física y todas las teorías que explican esas fuerzas a una sola teoría capaz de explicar el resto de teorías como casos suyos. Con anterioridad, se han producido unificaciones parciales (por ejemplo, Weinberg y Salam unificaron en los 60s la fuerza electromagnética (que a su vez fue una unificación de la fuerza eléctrica y la magnética realizada por Maxwell en 1864) con la fuerza nuclear débil. El problema principal de la actual Física Teórica es precisamente la denominada **“Teoría del Todo”**, es decir, la unificación de la fuerza de gravedad con las fuerzas electrodébil y nuclear fuerte. De este modo se unificarían igualmente teorías como la de la relatividad y la cuántica, que quedarían reunidas en una teoría más abarcante. La misma aspiración se da no solo dentro de una sola disciplina, sino también entre ellas: el ejemplo más evidente fue la unificación de la Química y la Física atómica a partir de la mecánica cuántica.

Ahora bien, esta aspiración de generalidad, esta búsqueda de un principio último, difiere de la aspiración platónica. La ciencia procede, en parte, de manera parecida a Platón, buscando los elementos comunes a varias leyes y teorías e intentando deducir estas de leyes y teorías más generales (como Platón quiere hacer en la analogía de la línea, es decir, buscar los principios que hay tras los supuestos para derivar estos de aquellos), pero no pretende que esa teoría explique toda la realidad, sino solo la realidad natural: no se pretende, por ejemplo, explicar la sociedad, ni extraer reglas morales y políticas, ni explicar la historia. Por tanto, la generalidad a la que aspira la ciencia mantiene la parcialidad y especialización que caracteriza a la ciencia moderna: aunque no faltan pensadores que afirman que algún día se podrán explicar todos los tipos de fenómenos (físicos, biológicos, sociales, psicológicos) con unos mismos principios y con una sola teoría, lo que buscan los científicos de manera mucho más prudente, son unificaciones parciales de leyes ya formuladas, sin entrar a pretender aportar una explicación metafísica del conjunto de la realidad.

La Teleología

Un aspecto de la doctrina platónica difícilmente sostenible por la ciencia actual es su teleología, esto es, la concepción del conjunto de la realidad como ordenada a un fin predeterminado por causas finales. Aunque hay teorías científicas que predicen un determinado estado futuro del universo (por ejemplo, la tesis de la muerte térmica del universo), ese estado futuro no se explica por causas finales (esto es, como tendencia a un estado predeterminado) sino por causas eficientes (por tanto, por causas que existen antes

que su efecto). La causa eficiente es la única que se admite unánimemente en la ciencia actual. La Física fue la primera disciplina que eliminó por completo las causas finales y las sustituyó por causas eficientes, sobre todo a partir de la Teoría de la Gravitación Universal de Newton en el siglo XVII. La última de las ciencias naturales que hizo esto fue la Biología en los años 30 del siglo XX con la **Teoría Sintética de la Evolución**, que reúne los descubrimientos de la Teoría de la Evolución darwiniana con las investigaciones genéticas, explicando así las mutaciones por medio de causas eficientes (y no por una causa final, como era la adaptación). Esta explicación meramente eficiente se confirmó con los sucesivos descubrimientos acerca del **ADN**, con los que se especificaban los mecanismos de mutación aleatoria que ejercían el papel de causa eficiente, sin necesidad de recurrir a ningún concepto finalista. De todos modos, siguen existiendo algunos planteamientos finalistas en ciencia, sobre todo en Biología, como es la Teoría de los Campos Morfogénicos de Sheldrake, según la cual el ADN no es suficiente para explicar la estructura y funciones de los seres vivos, por lo cual postula la existencia de unos campos, semejantes a los electromagnéticos, que determinarían las estructuras que adopta la materia orgánica (algo parecido a la función que le daba Aristóteles a las “formas”). Estas teorías no están aceptadas mayoritariamente por la comunidad científica, y en cualquier caso difieren bastante de la teleología metafísica de Platón y Aristóteles, que lo que postulaba no eran causas finales de tipo físico (como los campos) sino una inteligencia ordenadora que era ella sola causa final de toda la realidad. Este tipo de explicaciones no existe actualmente en el terreno de la ciencia, y solo se da en el campo de la religión (o en teorías dudosamente científicas aunque pretendan presentarse como tales, como la “teoría del diseño inteligente”, que defiende que el Universo ha sido creado por Dios).

La utopía política.

El modelo político de Platón puede decirse que fue el inspirador de las diferentes utopías políticas que han aparecido en la historia de Occidente, aunque sean de un signo muy distinto al defendido por Platón. Aunque existieron otras posturas utópicas en Grecia, fue la platónica la que permaneció vigente en la cultura occidental y la que se ofreció como modelo de pensamiento político separado de las condiciones concretas de cada momento y orientado a la definición de un modelo político perfecto. Por otra parte, las preocupaciones que tenía Platón respecto a la política y sus críticas a los excesos de la democracia ateniense siguen teniendo plena vigencia: hoy como entonces la corrupción (entendida como aprovechamiento de los cargos públicos para el enriquecimiento personal y para ejercer el nepotismo, esto es, el “enchufismo”), el enfrentamiento entre grupos de interés irreconciliables relegando el bien del Estado, y la manipulación de la opinión pública para servir a intereses particulares, son los principales problemas de la política, y como tales son percibidos cotidianamente por la mayoría de la población (y utilizados como arma arrojadiza en las campañas políticas).

Entre todas las opciones políticas que se ofrecen a resolver esos problemas, no existe ninguna que se corresponda exactamente con el planteamiento platónico, aunque algunas de ellas tienen parecidos parciales. Por ejemplo, se ha dicho a menudo que el pensamiento de Platón es **totalitarista** (K. Popper lo criticó por ello en los años 40), poniéndolo en relación con el nazismo y el estalinismo. En efecto, la utopía de Platón coincide con los totalitarismos en

afirmar la completa preeminencia del Estado sobre los individuos. Pero dicha preponderancia es muy diferente en el caso de Platón, ya que él separa las funciones política y económica, de tal modo que el Estado no organiza la economía, algo que sí hacían los Estados fascistas y comunistas. En particular, el comunismo platónico es muy diferente del comunismo marxista, a pesar de que compartan el nombre, ya que Platón acepta que la propiedad privada es el motor de la economía, y solo propone abolirla en la clase dirigente para evitar que esta aproveche su cargo en el Estado para enriquecerse, pero no hace lo mismo con la clase artesana, cuya economía sigue basándose en la propiedad privada. El planteamiento marxista es muy diferente, ya que hace derivar la política de la economía (no las separa, como Platón) y defiende que la propiedad privada (de los medios de producción) debe ser eliminada no como prevención de la corrupción política, sino como condición imprescindible para el buen funcionamiento de la economía.

En los sistemas liberales capitalistas también existen algunos rasgos que recuerdan a los planteamientos platónicos, en concreto la idea de que deben ser los más capaces los que gobiernen. Se denomina “**meritocracia**” al planteamiento político según el cual son los más capaces (los más inteligentes y preparados) los que gobiernan, siendo seleccionados para ello de manera objetiva y no por su riqueza o posición social. En este sentido, la burocracia de un Estado moderno se supone que es una meritocracia a la que se accede por medio de exámenes, aunque un Estado democrático moderno no puede considerarse una meritocracia en este sentido, ya que solo los cargos administrativos se adjudican por mérito, mientras que los cargos políticos, jerárquicamente superiores, se asignan por votación popular, que no tiene nada que ver con el mérito o la inteligencia. Sin embargo, el uso actualmente más común del término “meritocracia” se refiere a las sociedades que mantienen que el éxito económico y social depende del propio esfuerzo, y que por tanto suponen que quienes son más ricos y pertenecen a una mejor clase social son precisamente aquellos que lo merecen (y a la inversa, los que son pobres lo son porque no han sabido esforzarse suficientemente). La sociedad estadounidense es la más típicamente meritocrática en este sentido. Este planteamiento, sin embargo, dista mucho del de Platón, ya que precisamente consiste en reunir el éxito económico, social y político en un único conjunto interrelacionado, y no en separar la función económica y la política, como hacia Platón, aunque comparte con este la idea de que los capaces tienen unos derechos y responsabilidades políticas que no tienen los incapaces.

Mucho más semejante a la platónica es la postura de la “**tecnocracia**”. De hecho, los defensores de esta postura citan a menudo “*La República*” de Platón como un precedente. La tecnocracia consistiría en el gobierno de los técnicos, es decir, de aquellos que poseen los conocimientos científicos apropiados sobre industria, economía, sanidad, etc. La “tecnocracia” comenzó a tener importancia en el pensamiento político occidental a partir de la revolución industrial. A comienzos del siglo XIX, **Saint Simon y Comte** la defendieron y propusieron un modelo político utópico basado en ella. La creciente planificación de la economía y de muchos otros aspectos de la vida (educación, salud, etc.) por parte del Estado que comenzó a producirse a partir de la Gran Depresión, tanto en los sistemas totalitarios como en las democracias liberales, fue concediendo una creciente importancia a los tecnócratas. Finalmente, la creación, después de la Segunda Guerra Mundial, de organismos internacionales supuestamente dirigidos por tecnócratas como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de la Salud y otros parecidos, que dan directrices a los

gobiernos formados por políticos no tecnócratas, hace pensar en una creciente influencia de este modelo, que aunque no llega a plantear sustituir a las estructuras elegidas políticamente, (como sí hacían Platón o Comte), en la práctica parece suponer una disminución de la participación popular en la política a favor del gobierno de los más preparados técnicamente.

Opinión e influencia social.

En el mito de la caverna, Platón supone que la educación y la costumbre nos hacen tomar por reales cosas que no lo son. Él se refiere al testimonio de los sentidos en general, el cual considera que nos aporta solo las apariencias, y nunca la realidad. La ciencia moderna no desestima de este modo la sensibilidad y la experiencia, pero en un sentido más preciso y restringido ha confirmado experimentalmente que la educación que recibimos y las opiniones del grupo social al que pertenecemos determinan no solo nuestros valores, sino también nuestra concepción del mundo e incluso la misma percepción sensorial². La Psicología Social ha estudiado el origen y mantenimiento de los prejuicios, la dinámica de extensión de los rumores, los estereotipos, la influencia social en creencias y actitudes, etc., demostrándose en todos estos campos que las creencias y actitudes individuales dependen en gran medida del grupo social a que se pertenece. Todos estos descubrimientos de la Psicología Social pueden a su vez aplicarse a los medios de comunicación de masas, la publicidad y en general al pensamiento único promovido por la globalización, y que ya fue denunciado en los años 60 por autores de filiación marxista como **Herbert Marcuse** en su obra “El hombre unidimensional”, en la que acusa a la cultura de masas y consumista posterior a la Segunda Guerra Mundial de no ser otra cosa que un mecanismo de control que elimina cualquier pensamiento crítico con el sistema y genera en los individuos necesidades ficticias e inmediatas, que sustituyen a las verdaderas necesidades humanas.

Teoría de la Historia.

La concepción de la historia que tenía Platón era cíclica y degenerativa, siguiendo el modelo tradicional establecido por Hesíodo en la “Teogonía”: el mito de las edades del hombre de Hesíodo suponía que los hombres de la Edad de Oro (la que se corresponde al reinado del dios Cronos) eran más fuertes y más virtuosos que los de las sucesivas edades, siendo la Edad del Hierro (la época en que él vivía) un momento de degeneración. Finalmente, Hesíodo creía que los dioses harían desaparecer esa raza corrupta de hombres, y el ciclo volvería a empezar. La visión actual de la historia es completamente diferente. Se basa en el concepto de “progreso”, concepto según el cual existe una única línea de evolución histórica (y no ciclos repetitivos) que se mueve siempre hacia un estado mejor y más desarrollado de la sociedad humana (y no hacia un estado más degenerado). Esta concepción tiene su origen en el cristianismo, según el cual el mundo fue creado una sola vez por Dios y desaparecerá una

² . S. Asch demostró en 1951 que si se introducía a una persona en un grupo experimental en el que los demás miembros afirmaban ver que una luz se movía una determinada distancia en una determinada dirección, el individuo acababa teniendo esa misma percepción, aunque realmente la luz no se movía en absoluto.

sola vez en el Juicio Final, después del cual los bienaventurados accederán a la Gloria eterna. Esta concepción progresista de la historia fue heredada, en una forma secularizada y ajena a las creencias religiosas, por el positivismo, el utilitarismo, el marxismo, el liberalismo, etc., es decir, por prácticamente todas las formas de pensamiento político de los siglos XIX y XX, que coinciden en concebir la historia como un camino de perfeccionamiento de la sociedad, aunque difieran en qué es lo que consideran una mejoría.

La democracia.

Por último, la visión platónica de la política difiere sustancialmente de lo comúnmente aceptado en los sistemas democráticos occidentales. En primer lugar, las democracias actuales se fundamentan en el sufragio universal, algo completamente contrario al modelo platónico. Son individualistas, y se supone que el Estado debe respetar las libertades individuales: aunque existen diferencias entre las diversas opciones políticas respecto a cuánto debe intervenir el Estado, por ejemplo en la economía, se considera unánimemente como un principio democrático clave que los derechos individuales (reconocidos como Derechos Humanos por la ONU en 1948) son inviolables y no están subordinados a los intereses del Estado. En las democracias modernas se admite que los intereses particulares o de grupo son una base legítima para la acción política (y no la raíz de la corrupción, como defendía Platón). De todos modos, en este terreno existe bastante variabilidad de opinión: es común, por ejemplo, acusar de “partidistas” a los miembros de los otros grupos (es decir, de defender sus intereses electorales en lugar de los del Estado); por otro lado, en algunos países como Estados Unidos es legal y habitual que grupos económicos, religiosos, de opinión, etc., se organicen para influir en las decisiones políticas (son los denominados “lobbies”). Uno de los pocos aspectos en que la visión platónica coincide con la democracia moderna es la igualdad de los sexos, que Platón admite en su utopía y que en absoluto era una postura común en la Grecia clásica.